

Armas híbridas:

La evolución del ensayo y el nuevo intelectual español de izquierdas

Sebastiaan Faber (Oberlin College)

Leído en Bruselas, el 26 de mayo de 2011, en el Coloquio "El ensayo hispánico: Cruces y encuentros" (24-26 de mayo de 2011, Gante/Bruselas); seguido de un debate con Jordi Gracia.

Audio:

Ponencia Faber, http://dl.dropbox.com/u/7463724/Faber_ponencia.mp3

Réplica Gracia, http://dl.dropbox.com/u/7463724/Replica_Gracia.mp3

Debate y preguntas del público, http://dl.dropbox.com/u/7463724/Debate_y_preguntas.mp3

Entre las últimas de las demandas que fueron formulando los jóvenes reunidos en Sol la semana pasada bajo el lema de "democracia real, ya" figuraba "Recuperación de la Memoria Histórica. Condena del franquismo." No debe sorprendernos: desde su despegue en torno al año 2000 el movimiento de la memoria ha llevado implícita una crítica feroz a la calidad de la democracia española actual y a la Transición que la generó. El auge del movimiento de la memoria, sin embargo, ha coincidido con dos tendencias rivales, una de la derecha y otra del centro. Desde la derecha, publicistas como Pío Moa venido resucitando algunos de los temas antiguos de la historiografía franquista: acusan a la izquierda revolucionaria de haber provocado la Guerra Civil (y de estar provocando otra) y agradecen a Franco por el éxito de la España democrática (éxito amenazado por la izquierda). Desde el centro—un centro que quizá prefiere verse como una nueva izquierda, o una izquierda sensata—intelectuales como Santos Juliá, Fernando Savater, Jordi Gracia y Javier Cercas han cuestionado las premisas básicas del movimiento de la memoria y montado una enérgica defensa la transición.

Los debates y polémicas entre estos varios sectores han sido intensos. Desde mi posición algo peculiar de hispanista holandés en una universidad norteamericana, llevo varios años intentando explicarme su curiosa dinámica, e incluso he tomado parte en alguna polémica yo mismo, adoptando una actitud crítica, sobre todo, ante las posiciones de Santos Juliá—crítica que dio pie a unos intercambios no muy agradables. Estoy tanto más agradecido que Jordi Gracia esté dispuesto a tener un debate amigable.

En lo que sigue pretendo expandir mi crítica de esta nueva izquierda o izquierda sensata fijándome en la relación entre ideología y forma —es decir entre estilo, género o medio, por un lado, y una cierta visión política y social, por otro. Mi polémica con Juliá se centraba en el fenómeno del catedrático columnista: el despliegue de la autoridad académica del historiador en un género tan poco académico como es el periódico. Hoy quiero detenerme en otra forma de intervención intelectual en la esfera pública: el auge de formas híbridas que mezclan la ficción narrativa, el ensayo y la investigación histórico-cultural.

Antes que nada, una confesión: Las reflexiones que siguen nacen de una sensación de inquietud, incluso de fastidio, producida por la lectura de dos libros recientes: *A la intemperie. Exilio y cultura en España* (2010), de mi estimado colega Jordi Gracia, que se ocupa del lugar de los exilados republicanos en la historia cultural española; y *Anatomía de un instante* (2009), del gran escritor Javier Cercas, que relata el fracasado golpe de estado del 23 de febrero de 1981. Los dos libros ofrecen una

reevaluación moral de algunos miembros destacados de la élite intelectual y política de la segunda mitad del siglo XX español; en ese sentido cabe llamarlos revisionistas.

En lo que sigue voy a concederme el beneficio de la duda y suponer que mi reacción negativa ante estos dos libros nace de algo más que de prejuicios, malentendidos o envidia. (Este último factor no lo puedo descartar por completo porque en muchos sentidos se trata de obras brillantes.) Tres puntos me interesan en particular: cómo los autores establecen retóricamente su *legitimidad* y *autoridad* como intérpretes de la historia española reciente; hasta qué punto la forma y el género de sus textos nos permiten *llamarles a cuenta*; y cuál es el *compromiso* intelectual que les informa.

Me interesa la cuestión de la forma porque los dos textos son híbridos. El de Cercas combina la novela, la investigación histórica y el relato moral. El de Gracia se presenta como investigación académica de historia cultural pero está escrito en un estilo ensayístico que privilegia el poder explicativo de los tropos y no oculta las preocupaciones y gustos personales que mueven al investigador.

Por supuesto, la hibridez no tiene por qué ser problemática. Si hay un problema, me parece que es el siguiente: los dos autores, y lo tendré que decir en inglés, *want to have their cake and eat it, too*. Por un lado, hacen gala de la autoconciencia irónica, la indeterminación y la coqueta modestia del ensayista clásico (Montaigne, digamos). Por otro, reclaman un grado de autoridad moral y epistemológica más propia del historiador académico o del intelectual público tradicional. En ese sentido me parece

que estos dos textos son representativos de una tendencia más amplia entre la inteligencia liberal española.

Empecemos por el libro de Jordi Gracia. *A la intemperie* aborda un problema importante: cómo encajar a intelectuales exiliados en el relato de la evolución orgánica de una historia cultural nacional. Una novela escrita por alguien que lleva cinco, diez o treinta años fuera, ¿sigue perteneciendo a la literatura de su patria?

Para el caso del siglo XX español, Gracia arguye que a pesar del régimen franquista y su feroz censura, nunca hubo una ruptura total entre los intelectuales que salieron y los que se quedaron. Por tanto —dice— cabe comprender a los dos grupos “en un solo cauce”: el de la cultura española.

Los argumentos principales de Gracia son tres. Uno: la existencia de contactos informales entre intelectuales desterrados e intelectuales más o menos disconformes con el franquismo en España nos obliga a rechazar “el tópico de la desconexión perpetua de unos y otros” (186). Echando mano de cartas, diarios, revistas, etc. Gracia arguye que más que la incomprensión y la hostilidad entre ambos grupos, predominaban el interés y la solidaridad. Segundo, Gracia mantiene que muchos de los intelectuales exiliados —o al menos los más perspicaces, los menos cegados por sentimientos obsesivos de lealtad, pureza ética o ideología política— tardaron poco en comprender que era imposible volver a los años de la República, que el régimen franquista iba a durar hasta la muerte del dictador, y que su función principal era por tanto apoyar al interior para “cambiar el franquismo” (168) y así preparar el terreno para

una democracia postfranquista.¹ Para finales de los sesenta el exilio ya había agotado su utilidad en ese sentido; de ahí que, cuando por fin llega la Transición, el exilio ya pinta muy poco.² En tercer lugar, Gracia se resiste a una lectura histórica en una clave *moral* que privilegie nociones de lealtad y constancia políticas. El exiliado cosmopolita que ha sabido rehacer su vida en el destierro no tiene por qué ser menos admirable que el nostálgico que sigue con los ojos puestos en España, cito: “la militancia comunista no añade plus alguno de convicción antifranquista al exiliado” (172). Frente a “la neurosis de la lealtad inmutable” Gracia nos propone considerar “la traición inteligente a las decisiones tomadas en circunstancias que han cambiado”, del mismo modo que contrapone “la maduración ética y adulta” a “la simpleza banalizadora de las consignas políticas o los intereses competitivos de los partidos y los clanes” (120). En otras palabras, el estudioso de la historia intelectual española no tiene por qué identificar la constancia moral, política o ideológica con la virtud. Todo lo contrario:

¹ “[L]os más activos exiliados en las letras o la arquitectura, en el cine o la universidad empiezan a comprender netamente desde los años cincuenta que el único objetivo realista no es ya el derrocamiento improbable de Franco, ni quizá la restitución de un sueño interrumpido, la República vencida, sino la construcción de un futuro común para la sociedad española cuando Franco muera (que es la única forma imaginable desde finales de los años cincuenta para que pueda cambiar algo sustancial en España) [...] Fueron aceptando casi todos los exiliados la cooperación y la alianza con españoles del interior porque ésa era la vía para un futuro plausible y además era una vía justa” (14-15).

² “La participación del exilio en la construcción de la democracia postfranquista tampoco es asunto fácil de resolver. Sus posibilidades reales de intervención se agotaron por razones políticas pero también de pura consunción biológica y de anacronía o desfase histórico. El valor de cambio político que entonces trajo el exilio no pudo ser eficaz y se acabó aproximadamente al inicio de los años sesenta, que es precisamente cuando en apariencia todo empieza, gracias a la vocación unitaria y democrática entre el exilio y el interior que encarna el Congreso de Múnich de 1962. [...] El resultado fue, sin que haya posibilidad de culpar a nadie (fuera de haber perdido la Guerra y obviamente al propio sistema franquista), que el mundo referencial y las ficciones, poemas o ensayos de la mayoría del exilio no encontraron tierra en la que asentarse. Pese a los esfuerzos de muchos, no sintonizaron ni con la sensibilidad ni el gusto ni los intereses mayoritarios de una sociedad que estaba muy lejos de la recreación moral y sentimental del mundo de los exiliados” (16-18).

Fuera de la esfera de la consigna y lejos de la inmaculada virtud ucrónica y ahistórica de las lealtades a prueba de bombas (como las que fundaron los totalitarismos nazi-fascistas y estalinistas), ... el intérprete sabe que queda desarmado de juicios taxativos e intransigentes, de posiciones rotundas y sin brechas. Entiende también que el juicio desde la razón ética ha de ser terriblemente cuidadoso y atento a las transformaciones de las personas y de sus historias de vida, sin creer que en esa mutación o en ese cambio de actitud relampaguee una semilla de corrupción moral, sino a menudo lo contrario: el valor de arrepentirse, el valor de rectificar, el valor de la lucidez también como modo de intervención en el mundo, en función no de la intangibilidad de la ley ética, sino del sentido de la propia conducta, del coraje de evaluarlo de acuerdo con las condiciones del cambio histórico y no de una (improbable) verdad inmutable. (121)

El impulso revisionista de Gracia, pues, se dirige contra un relato del exilio que asocia con la izquierda, y que enfatizaría el aislamiento cultural y la inherente superioridad moral de la lealtad rigurosa a la causa republicana, el negarse a poner pie en una España franquista y a colaborar con la disidencia cultural anti- o ex franquista del interior.

La visión Gracia es audaz y original; también es debatible. Como estudioso del exilio en México, me llama la atención que Gracia, en su afán por conducir los muchos

tributarios de la producción cultural del exilio hacia una sola madre *española*³ — concebida además como una cultura española que asume la inevitabilidad de una ruptura con la de preguerra—, apenas se detenga a considerar esa producción exílica en un contexto internacional, con respecto a los países de acogida y en un sentido más global.⁴ Es una lástima. No sólo porque la contribución de la España peregrina en ese sentido es importante, sino porque si algo distingue a las generaciones más afectadas por la guerra y el exilio (las del 14 y del 27) es precisamente su actitud abiertamente cosmopolita, anti-parroquial, y su visión de sí mismos como miembros de grupos y movimientos transnacionales.⁵ Una de las grandes tragedias de la guerra es precisamente que la cultura del interior pierde esa orientación cosmopolita, sustituyéndola, al menos en su proyección pública e institucional (afectando por tanto a la mayoría de la población, el sistema educativo, etc.), por una orientación provinciana, reaccionaria y autárquica. El estudio de culturas exílicas puede ser, y ha sido, una oportunidad para *romper* con marcos explicativos nacionales, siempre reductivos. Gracia no la aprovecha tanto como hubiera podido.

³ Sorprende el énfasis de Gracia en una cultura española unitaria y la ausencia en su ensayo de una reflexión razonada sobre el hecho de que, si muchos exiliados catalanes, vascos y gallegos creían en alguna continuidad cultural, el punto de referencia de esa continuidad no era ciertamente la cultural *española* sino la catalana, vasca o gallega. En la práctica, el autor esquiva el tema. Un ejemplo: al hablar del libro sobre Gaudí del arquitecto exiliado Josep Lluís Sert, Gracia se refiere a la correspondencia de éste con el fotógrafo Joaquín Gomis, en que Sert explica que estudiar a Gaudí “será su método para mantener su identidad de catalán y mediterráneo mezclándola con la experiencia nueva del exilio: la dialéctica entre la propia cultura y la realidad norteamericana” (75). Aquí la “propia cultura” obviamente no es la española.

⁴ Si Gracia considera los éxitos profesionales de los exiliados lo hace en un marco existencial, para ilustrar la capacidad de algunos exiliados de “rehacer sus vidas”.

⁵ Recordemos que incluso antes de la guerra pasan largas temporadas en el extranjero, son multilingües, forman parte de redes culturales europeas y americanas, muchos se emparejan con esposos y amantes no españoles. Sobre el cosmopolitismo de las generaciones de la Edad de Plata, véase Carlos Blanco Aguinaga. “Max Aub y la cultura internacional del exilio republicano”, *Homenaje a Max Aub*, ed. James Valender y Gabriel Rojo, México, D.F.: Colegio de México, 2005, pp. 85-97.

También me parece problemático el modo en que Gracia trivializa el compromiso político intelectual de izquierdas. Pensemos lo que pensemos sobre ese compromiso dos décadas después de la caída del muro de Berlín, es también un elemento constitutivo de las estas generaciones intelectuales.⁶ Para Gracia, los compromisos políticos son ante todo patológicos, neurosis debilitantes.⁷

Este rechazo de la militancia política del intelectual se compagina con una visión peculiar, implícita, del franquismo, que emerge como una circunstancia histórica inevitable, algo así como un frío y largo invierno, más que un fenómeno construido y mantenido por actores históricos determinados. Esta visión del franquismo tiene ventajas. Le permite a Gracia pasar por encima de la involucración de intelectuales, en tanto actores políticos, en el origen y mantenimiento del régimen.⁸ Le permite

⁶ En realidad, como se sabe, la vida intelectual y política estaban completamente entrelazadas. Los intelectuales participaron activamente en la construcción y mantenimiento de los dos bandos durante la Guerra, del gobierno republicano exiliado, así como del régimen de Franco. Para muchos exiliados, la Resistencia militante contra el franquismo era su razón de ser, no solo en términos existenciales sino artísticos y literarios.

⁷ En realidad, como se sabe, la vida intelectual y política estaban completamente entrelazadas. Los intelectuales participaron activamente en la construcción y mantenimiento de los dos bandos durante la Guerra, del gobierno republicano exiliado, así como del régimen de Franco. Para muchos exiliados, la Resistencia militante contra el franquismo era su razón de ser, no solo en términos existenciales sino artísticos y literarios.

⁸ Es ilustrativo en este sentido el pasaje en que Gracia explica la poca resonancia del legado del exilio republicano en los años de la Transición: “El resultado fue, sin que haya posibilidad de culpar a nadie (fuera de haber perdido la Guerra y obviamente al propio sistema franquista), que el mundo referencial y las ficciones, poemas o ensayos de la mayoría del exilio no encontraron tierra en la que asentarse” (18). Como se ve, la victoria de Franco y sus cuatro décadas de dictadura están relegados a un paréntesis y no acaban por entrar en la consideración de responsabilidades. Otro ejemplo: Francisco Umbral escribe famosamente en 1969 que los exiliados “han llegado tarde” y que “a los jóvenes el ejemplo de su literatura «les queda un poco corto, a trasmano, melancólico e insuficiente»”. “El joven Umbral estaba muy cerca del aparato franquista entonces”, afirma Gracia, “pero tenía razón”. Lo llamativo aquí es que Gracia deje de señalar la insidia del comentario de Umbral, que sugiere que el hecho de que los exiliados no vivan en España, ni fueran publicados o difundidos allí en los años de posguerra, es culpa de ellos, y no de la censura impuesta por ese “aparato” del que está “muy cerca” Umbral. De la misma manera, al citar un comentario del *ABC* de la misma época —“algo positivo se ha realizado en favor de nuestros escritores madurados en el exilio. Lentamente algunas cosas van cambiando” — Gracia agrega: “No podía ser más que lentamente por razones históricas perfectamente obvias” (188). Se me hace que la reducción de la

considerar las actitudes diferentes de los intelectuales ante el franquismo —desde la colaboración activa, pasando por la disidencia pasiva, hasta la resistencia militante— como sendas formas de *adaptación* a una realidad más bien neutral, y además explicar esas formas de adaptación de modo que sean *comprensibles* pero no necesariamente susceptibles de un juicio moral. Y le permite burlarse un poco de los pobres ingenuos que se niegan a aceptar lo obvio: aquéllos que, en vez de asumir la derrota, se empeñan en oponerse radicalmente al régimen y se alistan en una lucha cultural o incluso armada para derrocarlo. A fin y al cabo, sólo un tonto pelea contra el invierno. Resultan mucho más sensatos aquellos intelectuales que, pragmáticamente, buscan un *modus vivendi* con la realidad histórica inamovible que es el franquismo para dedicarse a la producción cultural.⁹

Gracia tiene poca paciencia con los intelectuales que denuncian los efectos funestos de la represión y censura franquistas. Cita casi con sorna *La gallina ciega*, el texto en que Max Aub cuenta su vuelta a España después de treinta años de exilio, preguntándose si la profunda desilusión de Aub no se debe sobre todo a un deseo frustrado de fama literaria.

existencia del régimen a simples “razones históricas” le presta una especie de neutralidad ontológica más allá del análisis, de la crítica, o de la adjudicación de responsabilidades (políticas e intelectuales).

⁹ Así describe Gracia los años de la inmediata posguerra: “Quienes mantuvieron [...] un escepticismo entrenado en la agitada política internacional [...] asumieron más temprano [...] que la vida de antes (de antes de la guerra) había terminado del todo, [...] El control totalitario del estado franquista y la legitimación ideológica que prestaba la Iglesia fueron armas que hicieron invencible al sistema [...] Todo tenía pinta de continuar igual y la confianza en que algo cambiase, o el deseo mismo de que cambiase, no llegaron a engendrar una masa crítica que movilizase visiblemente a una resistencia interior conectada con una futura victoria aliada. Los minúsculos y asediados núcleos de resistencia armada estuvieron más cerca de la inmolación suicida o desesperada que de la construcción de un proyecto de futuro” (26-27).

La insinuación me parece un poco gratuita. Claro que esa frustración existía en Aub; qué duda cabe; él era el primero en admitirlo. Pero para Aub su frustración personal no era sino un síntoma del hecho mucho más importante de que la gran mayoría de los españoles de 1969 no hubieran tenido la oportunidad de leer y aprovechar a su generación de intelectuales, y que éstos no hubieran podido *ser relevantes* (más que famosos) en el devenir histórico de su propia comunidad cultural. Ésa es, al fin y al cabo, la consecuencia más nefasta de la censura y represión: producen miedo, ignorancia y banalidad. Si Aub lloraba lo hacía por sí mismo pero también por España.

Gracia escribe:

Algunas anotaciones en su diario *La gallina ciega* crepitan con una fatalidad ajena a todo, que no se repara con nada ni por nada, porque la desolación ante la España de Franco es un reflejo de la desolación ante lo fundamental: el reconocimiento del escritor. En la revista *Primer Acto* había aparecido en 1964 su pieza teatral *San Juan*, y dos jóvenes críticos como Ricardo Doménech y José Monleón procuraron por él durante su visita a España y después de ella, y publicaron en Taurus sus obras teatrales reunidas en un volumen. Pero en 1969, como explica Max Aub, esa expectativa ni es gratificadora ni recompensa de nada: "Doménech-Monleón: ¿Qué publicamos? ¿Qué estrenamos? ¿Qué hacemos? Proyectos, proyectos. Saldrán, a lo sumo, libros, unos más. Se desviven. Se lo agradezco. Hacen lo que pueden. ¿Creen de verdad que si el

régimen viese en sus actividades el menor peligro los había de dejar? ¿Por qué?”
(186)

Gracia pinta a Aub como un ingrato que no aprecia lo que es posible bajo Franco. Pero vamos a ver: ¿acaso Aub no tenía razón al señalar el pequeñísimo margen que el franquismo le dejaba a sus amigos? Sin querer, además, Gracia exagera el nivel de apertura del franquismo: el volumen de Taurus no contiene las “obras teatrales reunidas” de Aub sino seis obritas relativamente inofensivas.¹⁰ El *Teatro completo*, que sale en México, en España no entra.

Ahora bien, lo que le permite a Gracia minimizar hasta cierto punto el impacto de la censura franquista sobre la difusión y presencia pública de las obras e ideas de los exiliados, es —creo— su particular visión de la vida cultural española. En la versión de Gracia parece que la cultura se desarrolla no tanto en un ámbito social, en interacción con un público lector, o en un escenario político, sino sobre todo a través de los intercambios e influencias personales entre las élites. De ahí también la enorme importancia que puede atribuir, en lo que concierne a la relación entre “exilio” e “interior”, a los documentos que son “testigos privados de una continuidad cultural ininterrumpida” (41): encuentros personales, “la circulación privada de noticias, libros y revistas” (14), el intercambio esporádico de cartas; contactos, en fin, que en otro momento admite que “apenas trascendieron a la luz pública, lo hicieron en lugares

¹⁰ Max Aub, *Teatro* (Madrid: Taurus, 1971), contiene: *El desconfiado prodigioso* (1924), *Jácara del avaro* (1935), *Discurso de la Plaza de la Concordia* (1950), *Los excelentes varones* (1946), *Entremés de “El Director”* (1948), *La madre* (1938).

marginales o especializados y apenas pudieron calar en la sociedad española" (16). El tremendo daño cultural de las dictaduras, ¿no reside precisamente en la *distancia* que imponen entre los contactos intelectuales personales y la circulación *pública* de ideas y productos culturales?

Pasemos ya a cuestiones de estilo. *A la intemperie* no está escrito en una prosa académica, ni mucho menos. Como historiador cultural, Gracia emplea un estilo ensayístico personal, de tono menor, que los críticos suelen describir como "fluyente," "ágil," dotado de "brío" y "soltura". Es verdad que escribe muy bien. Pero además de la virtud de la legibilidad, nada desdeñable, el estilo de Gracia también le brinda otras ventajas. Por ejemplo, le permite pasar casi imperceptiblemente de la exposición académica a un registro menos preciso, más metafórico pero a veces también más tendencioso, sin por ello renunciar al peso de la autoridad discursiva del catedrático experto.

Un par de ejemplos:

Su "tono menor" y personal, en momentos casi confesional, le permite a Gracia proponer ideas y conceptos mayores como si fueran tan menores como ese tono. En su prólogo a *A la intemperie*, por ejemplo, el autor confiesa que su tratamiento del exilio republicano se limitará al campo cultural y que incluso dentro de ese marco su único objetivo es proponer "unas pocas claves de interpretación complementarias sobre la

percepción del exilio” (14).¹¹ En la práctica, sin embargo, su intención es más sinecdóquica de lo que su modesto prólogo indica: me consta que, a fin de cuentas, el libro aspira a presentar tesis no *complementarias* o parciales sino *generales* sobre la historia cultural española entre los años 40 y los 70.

Ocurre algo similar al nivel conceptual, donde también nos encontramos con sinécdoques con carácter de caballo troyano.

Los argumentos de Gracia están anclados en un puñado de metonimias clave— *el exilio, el interior, y la derrota*— cuyo referente puede parecer obvio pero en realidad es arteramente fluído. Veamos algunas citas. Todos los énfasis son míos.

El libro, escribe Gracia, “intenta explicarse ... la *evolución de la derrota* en el exilio sin separarla de su única alternativa: la derrota vivida en el interior.” (12) Con el tiempo, escribe, “Fueron aceptando casi todos los exiliados la cooperación y la alianza con *españoles del interior* porque ésa era la vía para un futuro plausible y además era una vía justa.” (15) “La mayoría del exilio no fue comunista,” dice, “y tampoco lo fueron la mayoría de los vencidos del interior y, sin embargo, a menudo se asocia *el maltrato del franquismo sobre la derrota* al maltrato sobre los comunistas del exilio o del interior, que fue mucho más agudo y más cruel.” (16) Aquellos intelectuales exiliados que mantuvieron el contacto, afirma, sabían que “el futuro est[aba] en el *reencuentro del exilio con el interior.*” (17) “los cálculos cuantitativos hacen evidentísimo que *la derrota* en su inmensa mayoría permaneció en España o regresó a ella” (28). “A menudo los

¹¹ [Este libro] No es una historia ni una crónica sintética del exilio ni es tampoco una hipótesis general sobre él. No reconstruye ninguna totalidad ideal ni abarca todos los exilios, ni siquiera todos los circuitos culturales del exilio. Es más bien **la propuesta de unas pocas claves de interpretación** complementarias sobre la percepción del exilio y que puede contribuir a cauterizar su larga peripecia. No rebajan el drama humano pero **prestan una óptica más amplia, más heterogénea y menos politizada** para comprenderlo.

exiliados fueron quienes antes y más tempranamente se apiadaron de esos vencidos del interior ..." (39). Sin tomar en cuenta los contactos privados, escribe, "es imposible hacerse cargo de lo que sucede *en la derrota del exilio y en la derrota del interior.*" (64)

En los tres casos—*la derrota, el exilio, el interior*—la sinécdoque es *totum pro parte*: el referente de los términos es más restrictivo de lo que aparenta. En un nivel básico, desde luego, Gracia solo se refiere a intelectuales entre los exiliados, derrotados y los del interior. Pero incluso más allá los referentes son fluidos. El concepto de *la derrota*, por ejemplo, se emplea para referir al fenómeno histórico de la derrota republicana, la *experiencia* individual y colectiva de esa derrota entre los intelectuales ("la derrota vivida"; "evolución de la derrota" [12]) pero también a los que *encarnan* esa derrota, o sea *los vencidos* ("el maltrato sobre la derrota"). Con frases como *la derrota del interior* o *los vencidos del interior*, Gracia parece que se refiere a aquellos intelectuales que apoyaron la República pero que se quedaron en España, viviendo una especie de exilio interior. Parece ser *este* grupo con el cual los exiliados mantienen el contacto y a quienes, según Gracia, los exiliados más inteligentes decidieron apoyar en lo posible.

En otras partes, sin embargo, la noción del *interior* aparece de forma independiente para referirse no sólo a la España de Franco en su totalidad, sino también a *todos los intelectuales* en la España de Franco—no sólo los que estaban en desacuerdo con el régimen o se resistían a él. En algunos momentos clave, de hecho, el concepto del *interior* se expande para incluir a aquellos intelectuales que de alguna

forma u otra *apoyaban* al régimen, o a aquellos cuyo apoyo entusiasta se hizo, con el tiempo, más condicional.

Esto también significa que cuando Gracia habla del espíritu de reconciliación y cooperación entre *el exilio* y *el interior* que acabó por hacer posible la transición —en contraste, por ejemplo, con la política comunista de Resistencia armada (81)— no queda muy claro si se refiere a una colaboración *entre antifranquistas* dentro y fuera de España, o entre representantes del régimen y de la oposición (que es el uso más común en el contexto de la transición).

De forma similar, Gracia explota sus libertades metafóricas de ensayista para los juicios éticos. Llama la atención la diferencia en el tratamiento de tres grupos distintos: (1) los intelectuales mantienen alguna noción de lealtad a la causa republicana, en particular comunistas y otros izquierdistas radicales; (2) los que desde el comienzo o con el tiempo son o se hacen apolíticos; (3) los intelectuales en España que tienen que buscar una forma de sobrevivir bajo Franco, proceso que a veces implica formas de concesión o colaboración con el régimen.

Curiosamente, es este último grupo el que sale mejor parado, el que recibe todos los beneficios de la matización historicista. Gracia nos invita a comprenderlos, y elogia la *audacia* moral: habla del “valor de arrepentirse, el valor de rectificar”. El tropo clave aquí es el oxímoron de la traición inteligente o virtuosa.

El tropo preferido para el primer grupo, en cambio, el de los intelectuales militantes, es la metáfora patologizante y la lacra del anacronismo: Gracia habla de “la inmaculada virtud ucrónica y ahistórica de las lealtades a prueba de bombas” y

concluye que la experiencia de la derrota fue “catastrófica” para los que tenían una fuerte fe política e ideológica, mientras que la ausencia de “dogmatismo ideológico” “facilitó la protección contra los cortocircuitos neurotizantes de los refugiados más aprensivos” y fue una “[vacuna] contra el mal” (64, 90).¹² Total, Gracia nos invita a admirar la “traición inteligente” de alguien como Dionisio Ridruejo al mismo tiempo que nos invita a compadecer —si no burlarnos un poco de— la lealtad “tóxica” o “neurótica” a la causa republicana de alguien como Max Aub.¹³

Por supuesto que este despliegue argumentativo de tropos es muy propio del ensayo. El problema es que no queda claro hasta qué punto la voz de *A la intemperie* es la del ensayista —que, como afirmaba Adorno, parte de una *renuncia* a comprender nada en su totalidad— o la del catedrático, que sí aspira a una autoridad totalizadora. Si el estilo es ensayístico, los señales paratextuales apuntan hacia una lectura en clave de autoridad académica. Creo que de ahí nace mi inquietud: Gracia ofrece una interpretación personal y parcial, quizá algo tendenciosa, pero no renuncia a la legitimidad y autoridad del especialista erudito que diserta *ex cathedra*.

Pasemos ya al texto de Cercas, *Anatomía de un instante*, su libro más sonado desde *Soldados de Salamina*. Así como *Soldados*, *Anatomía* se ocupa de un evento traumático de la historia reciente española; y, como *Soldados*, se presenta como una mezcla brillante de ficción y no ficción.

¹² “[L]a comezón política en el exiliado fue un factor de desgaste y amargura tan hondo que arruinó parte de la voluntad y la capacidad de salir a flote tras el hundimiento moral y material de la derrota” (49-50).

¹³ “Algún atisbo de ese talento para el matiz que demuestra con las derechas podría también haber exhibido en la consideración de las izquierdas” (Balbrea, *Tiempo de exilio* 28n).

Anatomía de un instante es un relato fascinante y extramadamente detallado de las circunstancias precisas que condujeron al fracasado golpe de estado del 23 de febrero de 1981 que amenazó con destruir la joven democracia española. También es una reflexión extensa sobre la *responsabilidad* de los involucrados y afectados, desde la cúpula militar y política, pasando por el joven Rey Juan Carlos y los medios de comunicación, hasta el país entero. A todos Cercas los somete a una rigurosa *evaluación moral*. El relato cabe considerarlo revisionista en cuanto Cercas invierte el esquema moral recibido: Arguye que ni los medios ni el país estaban lo bastante comprometidos con la democracia como para arriesgarse la vida por ella, mientras que el papel del Rey —al que generalmente se atribuye un papel salvador— fue bastante más ambiguo de lo que se suele pensar. Los tres únicos héroes auténticos del episodio fueron los que resultaron dispuestos no sólo a “jugarse el tipo” por la democracia sino que, para salvarla, tuvieron que *traicionar* las causas, grupos e individuos a los que debían lealtad. Con una frase prestada de Hans-Magnus Enzensberger, Cercas los tilda de *héroes de la retirada*.

Mucho se puede decir de este brillante mamotreto de 500 páginas; me limitaré a algunos apuntes sobre la hibridez genérica. Así como *Soldados de Salamina*, *Anatomía* parece mezclar novela e historia, con una diferencia importante: La voz narradora de *Anatomía* se identifica con el propio Cercas. Si *Soldados* fue un ejercicio brillante de *equivocación*, *Anatomía* tiene todo el peso de la autoridad moral de Cercas como intelectual público. Es precisamente esa autoridad la que le permite juzgar moralmente a los involucrados.

Ahora bien, en la medida en que *Anatomía* se nos presenta como una narración histórica rigurosa y verdadera, también nos invita a fiarnos de la autoridad *epistemológica* del autor: aceptarlo como una fuente desinteresada de la verdad.

El problema es el siguiente: no queda nada claro que, en efecto, nos podamos fiar de él.

El libro abre con un prólogo gracioso, en que Cercas explica que quiso escribir una novela sobre el golpe pero que no tardó en darse cuenta de que toda invención era superflua porque "los hechos del 23 de febrero poseían por sí mismos toda la fuerza dramática y el potencial simbólico que exigimos de la literatura." Por tanto, confiesa, "incapaz de inventar lo que sé sobre el 23 de febrero, iluminando con una ficción su realidad, me he resignado a contarlo."

No fue una decisión fácil. El apego a la historia verdadera implicaba una renuncia de los privilegios de la ficción. Aún así, Cercas decide contar los hechos "sin ocultar su naturaleza caótica ... pero con la máxima nitidez, con toda la inocencia de que sea capaz, ... como los contaría un cronista de la antigüedad ..." (25). Tanta es su modestia, nos avisa, que nadie debe buscar en este libro "datos inéditos o aportaciones relevantes para el conocimiento de nuestro pasado reciente." (25). Sólo los hechos.

Superado por el talento literario de la propia historia, pues, el novelista asume un papel humilde de cronista. Ahora bien, lo que Cercas presenta como ejercicio de humildad es también una pretensión de autoridad epistemológica: promete contarnos la verdad, toda la verdad, nada más y nada menos. Cercas se apresura a asegurarnos

que se ha leído *todo* lo escrito sobre el tema y que además ha entrevistado a decenas de personas involucradas: un esfuerzo de investigación exhaustiva.

Hasta aquí el prólogo. La pregunta del millón: ¿El texto que le sigue cumple con lo prometido? Me temo que no, ni por asomo. Para empezar, el texto no tiene *nada* de crónica. Y desde luego sí pretende dar “datos inéditos o aportaciones relevantes para el conocimiento de nuestro pasado reciente”—de hecho, es su móvil principal.

De ninguna forma el libro se limita a los meros hechos. Cercas no sólo se entretiene en especulaciones de todo tipo sino que reivindica para sí una clara autoridad *moral*. Quiere contarnos qué pasó con el fin de *juzgar* la conducta de los involucrados —tarea a la que se dedica en largas reflexiones intercaladas que se leen como ensayos de opinión. No tarda en darse cuenta el lector que, en última instancia, el objetivo del libro es defender la legitimidad de la Transición y de la democracia que generó como las mejores posibles.

El argumento principal es sencillo. En su momento de mayor peligro, nos dice Cercas, la democracia española fue salvada por tres hombres que se jugaron el tipo y traicionaron a los suyos por ella. El pueblo español, en cambio, no sólo demostró no estar dispuesto a jugarse el tipo, sino que se negó siquiera a agradecer a esos tres héroes. ¿Por qué? Porque los tres les recordaban a los españoles su propia decrepitud moral al cabo de cuarenta años de dictadura.

El libro, en fin, es un relato moral que les pide a los españoles que miren en el espejo y reconozcan que, cuando más importaba, se comportaron como cobardes ingratos. También les pide asumir que la construcción de la democracia postfranquista

supuso un logro extraordinario por la cual nunca pueden agradecer lo bastante a sus arquitectos —y un regalo que, en verdad, los españoles no se merecieron. Así que ¡basta ya con la crítica de la Transición!

Ya hemos determinado que Cercas no cumple con las promesas genéricas del prólogo. Pero ¿al menos podemos decir que su juicio histórico-moral es justo? ¿Es verdad que España no se merecía la democracia que le tocó en suerte? ¿La Transición fue la mejor posible? La argumentación de Cercas es tan brillante que es difícil no acabar convencido. Y sin embargo algo falla.

Así como en el caso de Gracia, el diablo está en los tropos. Dados mis límites de tiempo, baste un solo ejemplo. Uno de los personajes principales de este relato moral es el pueblo español —el público, el electorado— al que Cercas se refiere con la frase “el país entero.” Cuando explica la popularidad inicial de Adolfo Suárez, que en el fondo era un oficial franquista mediocre y oportunista, Cercas confiesa que así, más o menos, era también su propio padre. Es más:

Así era más o menos la España de los años setenta: un país poblado de hombres vulgares, incultos, trapaceros, jugadores, mujeriegos y sin muchos escrúpulos, provincianos con moral de supervivientes ... que habían vivido con comodidad bajo el franquismo, colaboracionistas que ni siquiera hubiesen admitido su colaboración pero en secreto se avergonzaban cada vez más de ella ... (384)

De nuevo encontramos con una sinécdoque traicionera: con un solo tropo que convierte a Suárez y a su padre en representativos del país entero, Cercas borra del mapa a grandes sectores de la sociedad española —entre ellos, los que sufrieron cuarenta años de represión y pasaron décadas luchando contra la dictadura.

Ahora, si Cercas contempla la derecha colaboracionista al que pertenecía su padre con algo así como un suspiro simpático —*esos viejos españoles mediocres, no los queremos pero nos es imposible odiarlos*—, el autor se muestra mucho más crítico con la izquierda radical militante. En uno de los ensayos intercalados en defensa de la Transición, por ejemplo, culpa el auge de una visión crítica de la Transición a “la renovación en los centros de poder intelectual de un viejo discurso de extrema izquierda” (431), una izquierda, además, “a la que continúa incomodando la democracia” y que insiste patológicamente en negar la realidad (434).

Como se ve, la visión de Cercas tiene puntos en común con la de Gracia: ambos exhiben cierta comprensión humana ante la derecha y una irritada impaciencia con la izquierda. Ambos explican la participación de las élites en el nacimiento de la democracia mediante el oxímoron de la traición virtuosa; y ambos montan una defensa apasionada de la Transición. No sorprende que rechacen la idea, ya común, de que la democracia actual pueda ser incompleta, insuficiente, o lastrada por un legado antidemocrático o antimoderno.¹⁴ De hecho, los dos parecen contemplar el panorama

¹⁴ Noción defendida, por ejemplo, por Vicenç Navarro (*El subdesarrollo social de España*, Madrid, Anagrama, 2006 y otros títulos) y Mari Paz Balibrea (*Tiempo de exilio*, Madrid, Montesinos, 2007). En el contexto de los movimientos por la “Recuperación de la Memoria Histórica”, afirma Gracia, “ha reaparecido con más fuerza que antes el fantasma de la traición a los ideales del exilio, a la modernidad histórica que encarnaba el exilio frente a la modernidad real que fue haciendo la España tardofranquista y la misma democracia. Algunos revisionistas de la transición han encontrado en ese papel secundario del

cultural y político actual desde una complacencia poco común en los intelectuales públicos.

Yo soy de los que observan la España actual con menos beneplácito, sospechando que sí pueda persistir cierto legado antidemocrático—sobre todo en algunas instituciones más reacias al cambio como lo son la Universidad y el Poder Judicial. Es más, desde esta perspectiva es grande la tentación de interpretar ciertos aspectos del trabajo de los propios Cercas y Gracia como *síntomas* de ese legado. Me doy cuenta de que es una tentación algo maliciosa, pero permítanme un ejemplo para explicarme. El enfoque limitado de Gracia, la concentración en el “solo cauce” de la cultura española; la reducción de la ingente labor cultural de los exiliados al significado que pudiera tener para lo producido en el interior sin apenas considerar el impacto de esa labor en los países de acogida (y no necesariamente como “cultura española”); y finalmente, el hecho de que no haya ningún intento de situar la historia del exilio republicano español en un marco cultural internacional (europeo, americano), o de cuestionar *lo español* como categoría histórico-cultural... todo esto hace que *A la intemperie*, a pesar de su obvia brillantez, tenga un deje —¿cómo decirlo?— parroquial. Tiene algo de lo que otros críticos han señalado como un nuevo españolismo.

Otro aspecto que podría interpretarse como síntoma de un legado dictatorial es la forma en que ambos autores conciben la figura del intelectual público. Claro que no les falta razón cuando llaman la atención sobre las limitaciones de la cosmovisión que

exilio un argumento adicional para cuestionar no tanto la legitimidad del proceso de cambio a la democracia como su incapacidad para cumplir con los sueños de una izquierda que se siente defraudada con la socialdemocracia” (215-16).

informó el compromiso intelectual izquierdista durante gran parte del siglo XX. Hubo algo de ingenuo, dogmático, y utópico. Pero tengo que confesar no me queda claro cuál es el compromiso político o cultural de Cercas y Gracia más allá de una irónica brillantez.

Ésa, precisamente, es la pregunta que plantea José Luis Villacañas en una inteligente reseña de *Anatomía de un instante*. Sin negar las considerables dotes literarias de Cercas, Villacañas cree percibir cierta falta de *responsabilidad* en el modo en que Cercas suelta su imaginación, y cierta falta de *anclaje* en su lectura moralizante de los últimos treinta años de historia española. El resultado, afirma, es una historia tan ambigua que tiene algo para todos: “la amplitud de la imaginación literaria y la ambivalencia de la valoración moral,” escribe Villacañas, “permiten a Cercas ofrecer elementos para todos los públicos.” El libro —concluye— “no se compromete con un argumento político claro y maduro.”

Decía al principio que mi inquietud nacía de la impresión de que una nueva izquierda intelectual española, representada aquí por Cercas y Gracia, “*wants to have their cake and eat it, too.*” A lo que iba era esto: me parece que la brillante hibridez *formal* de sus textos proporciona una excusa para una suerte de hibridez *política* que, sin embargo, reclama una autoridad moral cuyo fundamento no queda claro. O para decirlo de otro modo: Como escritores e investigadores aspiran a un papel de intelectual público —de hecho, lo tienen— al mismo tiempo que parecen rechazar la noción del *compromiso político*. Y esto no me cuadra.

Para terminar, cuatro preguntas que puedan servir para abrir el debate:

- ¿Cabe considerar a Gracia y Cercas como representativos de una izquierda que se cree sensata pero que trata de forma desigual a la derecha e izquierda históricas, además de abrazar un nuevo españolismo?
- ¿Existe una tensión entre, por un lado, el poder o la autoridad institucional de la cátedra y la disciplina académica y, por otro, el carácter tentativo y las aspiraciones humildes del ensayo?
- ¿Cuáles son las posibles formas de compromiso intelectual hoy que justifiquen la intervención en debates públicos? ¿Cuál es el compromiso de Cercas y Gracia? ¿Cuál es la actitud más productiva o justa que podamos adoptar ante formas pasadas de compromiso?
- ¿Es legítimo o productivo explicarnos las posibles imperfecciones de la democracia española como un legado del franquismo? ¿Y hace falta visitar / revisar el pasado para remediarlas?

Nada más. Muchas gracias.